



A pesar de mis 102 años tengo la mente clarita. /Foto: Vicente Brito

De Tomás lo recuerdo todo

Dice a *Escambray* la centenaria Celaida Álvarez Orellana, prima hermana y cuñada del reconocido escritor espirituano que dio vida a *Las Farfanes*

Xiomara Alsina Martínez

Cada mañana la diminuta figura de Celaida Álvarez Orellana recorre muy despacio los amplios portales de la casa conocida como el Museo de los Refranes, en la ciudad de Sancti Spiritus, aunque para hacerlo se apoya en un andador que la auxilia desde hace años, pero aun así se presenta gallarda, sin importarle los 102 años cumplidos desde el pasado 16 de octubre.

En los espacios circundantes que recorre para ejercitar sus piernas, rememora pasajes de lo que fue la vida del autor de *Las Farfanes*, *Los triángulos del amor*, *Esos carreteros*, *Candelaria*, *Humo de Yaba* y de otras obras literarias, algunas de las cuales trascendieron las fronteras de la isla o se convirtieron en novelas radiales con gran audiencia y notoriedad.

Y es que en la casa, donde aparecen cientos de lápidas de barro grabadas a mano para reflejar los más disímiles dicharachos o frases del argot popular, donde las paredes hablan por sí solas y muestran en tabletas la forma naif con que fueron hechas o dispuestas a relieve para cubrir cada ladrillo, Celaida, o mejor dicho, Yaya, busca los textos que les resultan más cercanos a su familia, al poblado de Guayos donde nació y hasta los dedicados a los amigos, las tradiciones o los hechos trascendentales que marcaron su vida.

“Yo soy prima hermana y cuñada de Tomás Álvarez Río —dice Celaida—; porque de los Ríos es un apellido artístico, de él lo recuerdo todo, nos unieron no solo lazos sanguíneos, sino una entrañable y profunda amistad”.

Nuevamente la anciana relee los refranes expuestos en los laterales del inmueble y hasta los nombres que aparecen entrelazados. Así, por ejemplo, señala el tallado que rinde homenaje a José Esteban, su esposo y único hermano de Tomás al que él cariñosamente bautizó con el sobrenombre de Tebano; luego muestra el del barrio Canta Rana, que los identificó siempre, y el de la calle Capitán Reyes, donde nació y creció y en la cual todavía viven sus parientes.

“Me casé a los 19 años y desde entonces viví con mis suegros José Manuel Álvarez y Carmen Río, quienes me quisieron como la hija que nunca tuvieron; pero también con Tomás, que era soltero. Yo lavaba y planchaba pago, cocinaba para todos y hacía los deberes de la casa. Eran tiempos difíciles y sobrevivíamos

a fuerza de mucho trabajo. A Tomás le decíamos Colao, porque siempre entraba a ver las funciones de los circos sin pagar, pero luego contaba las historias con tanta descripción como si uno las estuviera viviendo, al parecer ya tenía dentro el bichito de la escritura”, explica Celaida.

¿Y en qué trabajaba Tomás?

En cualquier cosa, siempre que fuera un empleo honrado, lo importante era ganar dinero, ya fuera en el central o en el campo, en una herrería o cortando caña con su amigo Marcelo Gutiérrez. Una vez nos fuimos mi esposo, él, mi suegra y yo para la escogida de Guayos y allí nos empleamos. Pero las cosas se complicaron para Tomás; ya casado con Esperanza, su compañera para toda la vida, la guardia lo estaba acosando y tuvo que buscar asilo en Venezuela.

Recuerdo que cuando triunfó la Revolución la alegría reinaba en todas partes, la liberación de Guayos fue un suceso, salíamos a las calles y todavía se escuchaban detonaciones, pero igual salimos a celebrar. Luego Tomás regresó con la familia nuevamente. Esperanza y él no pudieron tener hijos, pero yo tuve dos, una hembra y un varón, que ellos quisieron como suyos. Años después asumieron el cuidado de mi nieta Maydé, que vive en la Casa de los Refranes y cuida de mí y de todas las pertenencias de Tomás.

¿Disfrutó usted de los éxitos de su cuñada como escritor?

“Siempre lo hice, incluso mi esposo; aunque él murió muchos años antes a causa de un accidente, aquí veníamos y lo veíamos enfrascado en su escritura, luego Maydé lo ayudaba a hacer las tablillas de barro con los refranes grabados, era como una obsesión lo que sentía, por eso llené todas estas paredes de frases, hasta las columnas y los arquitecillos como si fuera un libro gigante”.

El paso lento de Yaya se percibe cuando el andador suena al hacer contacto con el piso. Por un instante, la anciana se detiene a leer algunas tablillas: *El perro viejo no ladra en vano* o *No era nada lo del ojo y lo traía en la mano...* Cualquiera de esas frases populares bastan para avivar su memoria y devolverle en el tiempo a su Tomás-Colao, ese que la quiso como a una hermana, que la ayudó en épocas de escaseces y que hasta hoy la sigue gratificando cuando acaricia uno de sus libros, donde se siente reflejada como parte de la familia Álvarez que es.

El oficio de activar el deporte

José Manuel Betancourt Arrozarena hace casi 40 años desempeña esa labor en el municipio de Yaguajay

Elsa Ramos Ramírez

Conserva el aliento del maratonista que fue. Tiene en la persistencia y la pasión por lo que hace los mejores atributos y el aval que convierten a José Manuel Betancourt Arrozarena en el mejor activista deportivo de la provincia espirituana.

Bastan para saberlo no solo las calles y el estadio de Yaguajay, sino también las carreteras de varias provincias cubanas donde los atletas que entrena lo han recompensado con medallas.

En esos ajetreos lleva casi 40 años de los 58 que tiene, un largo periplo en el que, como activista que es, no ha recibido remuneración. “Vivo orgulloso de eso. Nuestro Comandante en Jefe Fidel Castro dijo una vez que el activismo es la columna vertebral del deporte, por eso definiendo lo que hago y me entrego a mi labor”.

Lo de entrenar se le quedó en la sangre cuando fue atleta durante unos 15 años y recorrió todas las especialidades en carreras de fondo, desde los 800 metros hasta los 42 kilómetros. Puso a prueba su valía en eventos desde el municipio hasta la nación, algunos con carácter internacional como las Copas Cuba y Memorial Barrientos, con cosecha de seis medallas de bronce.

Cuando no pudo correr más decidió concretar lo que siempre le dijo su profesor Jorge Irigoyen. “Nos enseñó que había que hacer todo cuanto fuera posible por el desarrollo del deporte”.

En ese lapso, solo interrumpió su labor en 1989 cuando viajó a Angola en cumplimiento de una misión que lo llevó a construir un aeropuerto en la provincia de Cabocado. También a Venezuela, donde como gloria deportiva compartió su sapiencia en el estado de Barinas y compulsó la participación de varios atletas medallistas en diversas competiciones. Después de eso, Yaguajay, Sancti Spiritus y Cuba lo conocieron multiplicado entre sus oficios de cochero y entrenador-activista.

“En los inicios de los 80 comencé con muchachos desde 12-13 años hasta juveniles y mayores. Con ellos hemos asistido a diferentes maratones reconocidos como el de Trinidad, el de Bayamo, en Granma, el Internacional de Varadero, el de La Farola, en Baracoa. En todos siempre obtenemos medallas”.

Por mantener vivo el deporte no ha escatimado sacrificios; lo mismo para buscar recursos e implementos con el fin de mejorar las instalaciones de práctica en el estadio Luis Torres, como el cajón de salto, que pasar dos días para ir y otros dos para regresar de Baracoa o dormir en terminales y viajar en lo que aparezca, una aventura en la que lo acompañan varios de quienes corren a su paso por calles de Yaguajay o de otros sitios.

Tiene que ver con el poder de convencimiento que muchos le atañen y que emana, más que de palabras, de su ejemplo personal. “Cada tarde sobre las cinco me dedico a preparar a la gente, incluso espero por algunos

que vienen de los cayos un poco tarde”.

Una de sus recompensas mayores en estos años se ha coronado en personas como Yordan Ramos Viamonte, un yaguajayense que en el 2008 fue noticia en los Juegos Escolares Nacionales cuando implantó récord nacional en el Cross Country, aún vigente; también ganó oro en los 1 600 metros y al año siguiente fue captado para el equipo nacional por sus resultados. “Para mí es un orgullo saber que lo entrené”.

En medio de tanto ajetreo, saca tiempo para atender las tareas de la Ansoc, organización que dirige en su municipio, y también para participar con los atletas espirituanos de esa asociación en sus competencias nacionales, además de cumplir los requerimientos como árbitro nacional.

No falta quienes le cuestionen el porqué de tanto esfuerzo sin que medie ningún pago y hay hasta quienes le han estimulado a irse para los cayos, adonde han partido no pocos profesores. “Hay gente que me dice que para qué hago esto, pero les contesto que uno hace por lo que siente amor. Incluso mi hija Melisa asegura: ‘Ahí se va él para su delirio’”.

Por eso extraña que no tenga en sus reconocimientos ninguno de carácter nacional, como no sea la medalla Mártires de Barbados. “No es que uno trabaje para eso, pero sí me duele porque veo que gente que llegó después que yo lo tienen, pero no importa, seré activista mientras respire”.



“Seré activista mientras respire”, asegura José Manuel. /Foto: Luis Francisco Jacomino